

Las pequeñas cosas de la democracia

Carlos González Martínez

Invitado

Solemos pensar que la democracia consiste en grandes cosas, cosas grandes, como elegir a la presidencia de la nación, establecer el equilibrio entre los poderes del estado, garantizar las libertades de las personas modernas, procurar al sistema de partidos políticos, impartir justicia electoral resolviendo decenas de miles de impugnaciones u organizar las elecciones más grandes de la historia, como de hecho ya pasa en México cada tres años, gracias a las sucesivas reformas electorales y su ánimo de concurrencia federal y local. Y es cierto: la democracia son grandes cosas, cosas grandes. Pero también es cierto que esas grandes cosas dependen, en última instancia, de pequeñas cosas: las pequeñas cosas de la democracia. En el extremo, en el origen y en el final, dependen básicamente de una cosa muy sencilla y complicada a la vez: de tratarnos bien.

Más allá o más acá de todo desarrollo teórico, conceptual, multidisciplinario, multifactorial y científico social en torno a la democracia, y con el debido respeto a todo ello, debemos aceptar que la democracia consiste básicamente en una cosa: que las personas que van ser, para bien o para mal, afectadas en una decisión colectivizada que habrán de respetar, tomen parte de ella tratándose bien. Así de simple: tratándose bien. Tratándose bien recíprocamente como personas dignas y respetuosas de la otredad que se asume no como algo ajeno, sino como algo intrínseco, propio, como personas que no coexisten con las personas diferentes, sino que conviven con y gracias a ellas.

En este recorrido, diría Ortega y Gasset: “yo soy yo, y mi circunstancia” y yo soy yo con las personas circundantes que me hacen yo, diríamos aquí. O para cantarlo con Whitman en traducción de Borges: “Yo me celebro y yo me canto,/

Y todo cuanto es mío también es tuyo,/ Porque no hay un átomo de mi cuerpo que no te pertenezca.”

Pequeñas cosas y buen trato que a su vez deviene de un profundo asunto: la cultura cívica. Y mas específicamente, de la cultura cívica política democrática que se rige, como bien sabemos de valores y principios, pero también de normas de convivencia cotidiana como pequeñas cosas de la democracia y el buen trato entre las personas demócratas. Los valores de la libertad, la igualdad, la fraternidad y la justicia; los principios del pluralismo, la tolerancia, el diálogo, el consenso y la legalidad, y; las normas de convivencia del buen trato, la cortesía, la honestidad, el respeto, la escucha activa.

Estamos hablando de que el Señor Presidente sea en realidad el ciudadano o ciudadana presidenta y que trate bien y con respeto a las otras instituciones del estado, a sus opositores, a los periodistas y académicos críticos y, en general, a una población que le escucha con el respeto y admiración con el que él o ella debe dirigirse a ellos y a ellas. Es la idea de que las personas dirigentes de partido,

candidatas o militantes se traten bien entre ellas y con las de los otros partidos... y que nos traten bien a todas y todos los demás. Que contiendan intensamente y defiendan con todo ahínco sus ideas y propuestas, que no declinen de sus convicciones ni claudiquen nunca de sus causas y que hagan de la competencia política y específicamente de la electoral, una fortísima confrontación para lograr un solo y suave objetivo estratégico: ganar la contienda y ponerse de acuerdo con quienes la pierdan. Y ello para asumir pactos y cumplirlos en favor de la gobernabilidad democrática del sistema. Así de simple. Así de bien. Así de buen trato democrático.

Es decir: que las y los gobernantes, líderes sociales y políticos, se conozcan y reconozcan entre sí y se valoren con dignidad para llegar a las decisiones que todos y todas respeten. Pero también que las personas de distintas religiones, latitudes, grupos étnicos, preferencias sexuales o políticas, actividades económicas y productivas se traten con tolerancia, dignidad, diálogo y acuerdo. Que los poderosos sepan que otras y otros se empoderan. Que las personas iracundas sepan que otras conversan. Que los hombres no maltraten, sojuzguen, violenten o maten a las mujeres por el hecho de serlo. Que nadie lo haga. Es decir: que se traten bien, que hagan democracia construyendo ciudadanía.

¿Esto te parece utópico, irreal, naíf, querida persona lectora? Te lo vuelvo a preguntar: ¿Esto te parece utópico, irreal, naíf, querida persona lectora?. Y ahora te pido que suspendas la lectura tres segundos y te lo pregunte: ¿En realidad es utópico, irreal, naíf demandar (no pedir), asumir que es posible que las personas se traten bien, en la vida y en la política? ¿En serio? ¿Por qué habría de serlo? ¿Por qué habría de ser irreal? ¿Por qué simple y sencillamente no podemos superar este discurso del odio, esta realidad de la opresión, esta lacerante persistencia de la violencia, la mentira, el hurto y la rapiña? ¿Por qué no mejor construimos paz y su cultura?

Pero una cosa sí te digo: esto no va a ser fácil, ni llegará por generación espontánea. Hay que luchar por ello: por las cosas simples y pequeñas, pero fundamentales de la democracia. Romper un par de platos y hacerse cargo de ello. Alzar la voz en medio de la gritadera ensordecida que ahora pretende callarnos. Esto se trata de tomar conciencia y revolucionarnos. Es la revolución de las conciencias. Sólo posible con la potenciación de las incidencias. Se trata de lograr la gran cosa de la democracia con y desde las pequeñas cosas de la vida. Tan simple como luchar por establecer derechos y después exigir el acceso y ejercicio libre a su disfrute. Tal y como se disfruta la vida en democracia tratándonos bien en y desde sus pequeñas cosas. Que así sea, ¡hagámoslo!

Carlos González Martínez es profesor, activista y consultor en construcción de ciudadanía y elecciones.